

Sínodo Especial de los Obispos de Europa

Manuel Alcalá S.J. *

TRAS derrumbarse el comunismo europeo, el Papa Juan Pablo II realizó, en la primavera de 1990, una visita relámpago a Checoslovaquia con varios objetivos. Ante todo, agradecer a una Iglesia mártir sus fidelidades a Cristo y a la Iglesia. Llevaba, además, una sorpresa.

Después de saludar, el 21 de abril, a F. Tomasek, cardenal de Praga y símbolo de la resistencia anticomunista, y antes de rendir, al día siguiente, viaje en Eslovaquia, se dirigió al santuario moravo de Velherad. Allí, al cuidado de los jesuitas, se conservan los restos de San Metodio, apóstol de los países eslavos occidentales. Durante la misa pontifical, sorprendió a los miles de fieles, anunciando la «Asamblea Especial del Sínodo Episcopal» para deliberar sobre la trascendencia que esta hora decisiva lleva consigo, para Europa y para la Iglesia.

Algo más tarde, comienzos de junio, se reunían con el Papa los presidentes de las Conferencias Episcopales europeas y algunos obispos de países ex comunistas.

* Periodista y escritor. Madrid.

La finalidad de la convocatoria se concretaría como recíproca *información* entre las dos ramas de la Iglesia europea separadas durante más de 40 años en unos casos y más de 70, en otros; el *intercambio de dones* y, finalmente, un *proyecto* común para la *nueva evangelización* del viejo continente.

En agosto siguiente se tuvo la primera reunión de la comisión restringida preparatoria. La formaban diez obispos: 5 occidentales y 5 orientales. Entre los primeros figuraban los cardenales F. Ruini (Roma), J.M. Lustiger (París) y el arzobispo español F. Sebastián (coadjutor de Granada). Entre los segundos, J. Michalik (Gorzow), M. Vlk (Praga) y N. Werbs (auxiliar de Schewerin). Nuevas reuniones en diciembre de 1990 y septiembre de 1991 perfilaron los diversos temas de la encuesta a las Conferencias Episcopales y la estructura y composición de la «Asamblea especial».

Tal preparación, relativamente *breve* para los ritmos curiales, resultaba, de hecho, *lenta* comparada con la aceleración histórica y los nuevos problemas surgidos en Europa por la guerra civil en Yugoslavia y la descomposición progresiva de la Unión Soviética.

Tensión, novedades y estructura de la asamblea

LA opinión pública europea reaccionó primero con gran sorpresa ante la convocatoria papal. Luego, algunos sectores expresaron ciertas reservas. La primera de ellas se refería a la *nueva evangelización* que proclamaba la Asamblea. Su formulación parecía ambigua y podía sugerir, entre otras cosas una *restauración eclesial* de resabio medieval. Por otra parte, el Papa confiaba la organización de la asamblea a la Secretaría del Sínodo, no al Consejo de Conferencias Episcopales de Europa que presentaba al Sínodo un proyecto más realista, como fruto de más tiempo de trabajo. Eso era lógico porque, aun centrada en Europa y de menor duración, el encuentro era *sinodal* y, por ello, supracontinental con representantes de África, América y Asia.

Por otra parte, ocurrió una gran frustración. La gran novedad eclesial de esta asamblea era la invitación papal a los patriarcados e iglesias separadas de Roma a enviar sus representantes al Sínodo. Iban a ser no sólo *observadores*, como en el Vaticano II, sino *participantes* con voz en el aula sinodal y en sus grupos de discusión. Pronto se supo que Alexis II, patriarca de Moscú, se negaba a enviar su delegado. Igual harían luego los patriarcas autocéfalos de Bucarest, Sofía y Belgrado y el metropolitano de Atenas. Este fracaso transformaba en vidrioso parte del proyecto.

El 28 de noviembre se celebraba en la basílica de San Pedro el solemne pontifical de apertura. Al mismo tiempo, se daba a la prensa el primer escrito sinodal: «Sumario» de respuestas de las Conferencias Episcopales a las tres preguntas del sondeo previo: evaluación presente; intercambio de dones y proyectos para la nueva evangelización (1).

Aquella misma tarde comenzaban las sesiones de una «Asamblea especial», cuya composición primaba la proporción de las 7 CC.EE., de la Europa central y oriental, frente a las 15 de occidente. Quedaron así:

1. Cardenales copresidentes: J.M. Lustiger (París), J. Glemp (Varsovia) y E. Martínez (Curia). Cardenal relator sinodal: C. Ruini (Roma),

2. Patriarcados: cardenales M. Lubachiwsky (Lviv, Ucrania) y A. Tudea (Fagaras-Alba Julia, Rumania),

3. Presidentes y delegados de CC.EE.: 42 occidentales y 30 orientales,

4. Representantes religiosos: 4 de occidente y 4 de oriente,

5. Cardenales y colaboradores curiales: 39 occidentales y 1 oriental,

6. Nombrados por el Papa: 19 de occidente y 13 de oriente,

8. Oyentes sin voz ni voto: 19 occidentales y 13 orientales,

9. Ayudantes del secretariado: 9 occidentales y 11 orientales.

La representación española estuvo formada por los cardenales E. Martínez (Curia) y A. Suquía (presidente CEE). Elegidos por ésta, fueron los arzobispos R. Torrella (Tarragona), F. Sebastián (coadjutor Granada) y E. Yanes (Zaragoza). Elegidos por el Papa: J.M. Estepa (castrense), el laico F. Guerrero (auditor) y el teólogo C. Pozo (Granada) (2).

Metodología de la Asamblea especial

EL procedimiento a seguir en esta asamblea sería más o menos el mismo de las demás. Desde el sumario de respuestas, C. Ruini, cardenal relator, haría su primera *relación-resumen*. Sobre ésta, los sinodales emitirían sus observaciones colegiales o personales durante la primera fase sinodal, más analítica. Después, la segunda *relación*, resultante de las aportaciones orales y escritas, sería discutida en grupos. De la última fase, sintética, saldría la *Declaración* final para ser votada.

(1) Synodus Episcoporum (SE). Coetus specialis pro Europa. «Summarium. Ut testes simus Christi qui nos liberavit». E Civitate Vaticana, 1991.

(2) SE. Coetus Specialis pro Europa. Cura Secretariae Generalis Synodi MCMXCI, 61.

La *relación 1.ª* partía del examen del momento histórico europeo para plantear la evangelización en sectores prioritarios: familia, vida humana, mujer, etc. Se promovía la presencia laical en la vida cultural, económica, social y política. Particular atención se da al diálogo con las Iglesias cristianas y con otras regiones no cristianas. El final se dedica por entero a la solidaridad europea (3).

A lo largo de la primera fase sinodal se sucedieron unas 140 intervenciones en el aula. Aunque con muchas repeticiones, sus puntos de convergencia fueron, más o menos, los siguientes:

1. Toma de conciencia de un momento histórico excepcional que es «signo del tiempo», «desafío» y excepcional «oportunidad» eclesial.
2. Necesidad de integrar las tradiciones occidental y oriental de una misma Iglesia cristiana, violentamente incomunicada por el marxismo.
3. Conveniencia de un mayor contacto, conocimiento, colaboración, ayuda mutua e intercambio de dones, de cara a la futura evangelización.

Los sinodales occidentales, por el contrario, no tenían el menor reparo en autocriticar la secularización de sus comunidades con un tremendo respeto y admiración hacia las iglesias perseguidas. Como suele ocurrir en las asambleas sinodales, los casi treinta religiosos que figuraban en ésta se caracterizaron por su libertad de espíritu. Su papel en el futuro de Europa no fue siempre reconocido y debió ser añadido por los círculos menores en la Declaración final (4).

Esta doble actitud produjo cierto «maniqueísmo» en la asamblea que pudo degenerar en un astigmatismo eclesial que debió ser corregido, gracias a las discusiones de los círculos lingüísticos. De las figuras que brillaron por su ausencia en la Asamblea recordamos a A. Casaroli, artífice de la «Ostpolitik» y a J. Willebrands, campeón del ecumenismo postconciliar. Aunque en retiro, su presencia hubiera sido importante.

La pluriformidad de intervenciones fue enorme. Desde proclamar la supranacionalidad eclesial (G. Jakubyni, Rumania), a la necesidad de integrar la tradición colegial-sinodal de oriente con la monárquica de occidente (A. Varthalitis, Corfú). Aplicación de la subsidiaridad a la misma Iglesia (P. Verschuren, Helsinki). Esta debe ser la garante de la libertad y diálogo religioso con los hebreos (J.M. Lustiger, París); y defensora de nacionalidades (A. Simonis, Utrecht). Occidente debería de insistir en la evangelización de la cultura y oriente en la cultura de la evangelización (E. Viganó, rector salesiano). Prioridades actuales: espiritualidad, el ecumenismo, la defensa de la vida y la colegialidad (cardenal B. Hume, Londres). Otras: acomodar el lenguaje jerárquico para la Europa democrática; intervención

(3) SE. Boletín de prensa. 3.º, 18-35.

(4) Estaban como sinodales los siguientes: salesianos (3), jesuitas (3), dominicos (2), basilianos (2), asuncionistas (2), benedictinos (2) y premostratenses (2). De otras nueve congregaciones sólo figuraba uno.

laical en elección de obispos; distinción clara entre aborto y regulación de natalidad; trato pastoral de divorciados vueltos a casarse (N. Werbs, auxiliar Schwerin). Información, transparencia y perdón mutuos; religiosidad salvaje y cristianismo; derecho de las minorías; preocupación por el Tercer Mundo; llamada eclesial contra el arsenal atómico de Europa (cardenal Danneels, Bruselas).

De las intervenciones escritas llamaron la atención: la del padre Kolvenbach, prepósito general jesuita sobre el papel profético de los religiosos y su estilo comunitario en la futura Europa y la de padre Laghi, prefecto de la Congregación de la Enseñanza, que llamó la atención de los orientales sobre algunas tendencias eclesiológicas y morales de naciones occidentales (5).

Las intervenciones de los sinodales españoles, por sus generalidades, no pasaron mucho de discretas. El cardenal A. Suquía habló de la pastoral de la santidad. J.M. Estepa, de la prioridad de la catequesis de adultos. E. Yanes, resaltó la eclesiológica de comunión y trinitaria. En líneas más concretas, R. Torrella urgió la reconciliación cristiana y sugirió la convocatoria de un encuentro ecuménico mundial para el año 2000 en Jerusalén. F. Sebastián subrayó la importancia del catecumenado regular y la vida comunitaria del clero. Terminó sugiriendo un organismo para la mayor efectividad sinodal (6).

La herida ecuménica

ALTERNANDO con las intervenciones episcopales tuvieron lugar especiales *sesiones* para las colaboraciones de los invitados. En la primera «audiencia» (29. XI) actuó, entre varios de distintos países, el cardenal P. Poupard (Curia) sobre «Cristianismo y cultura de Europa: memoria, conciencia y proyecto» (7).

La segunda «audiencia» (2. XII) iba a ser un momento clave en la historia de la asamblea. El primero en actuar fue el metropolitano de los griegos ortodoxos en Italia, Spyridon Papagheorgiou (Venecia). Tras agradecer la invitación a intervenir en el sínodo, explicó la ausencia de los 4 patriarcados antes citados. Sin el menor rodeo dijo que la del patriarcado ruso se debía al renacer violento de la Iglesia uniata, su ocupación de parroquias y los nombramientos episcopales para diócesis antes inexistentes. Algo similar le ocurría al patriarcado de Rumania. El de Bulgaria se quejaba de las emisiones parciales de Radio vaticana. El serbio no asistía por el apoyo vaticano a Croacia en la guerra civil. El metropolitano de Atenas, por solidaridad

(5) Intervenciones resumidas por sus autores en SE. Bol. 4.º y ss.

(6) Ver intervenciones completas en *Ecclesia*, n.º 2.558, 21-28.

(7) Intervenciones completas en SE. Bol. 5.º

con los demás. Por si todo eso fuera poco, Papagheorgiu afirmó que se difunde ampliamente entre los ortodoxos la impresión de que la Iglesia católico-romana se aleja cada vez más del Vaticano II en el tema ecuménico y considera tierra de misión a países de tradición ortodoxa. Terminó animando a la prosecución del diálogo ecuménico sobre el principio de comunión de «iglesias hermanas» (8).

El silencio en el aula fue glacial. Era la primera vez que se criticaba en público la conducta papal, como último responsable de las medidas censuradas. Juan Pablo II tuvo un gesto espléndido y abrazó al obispo greco-ortodoxo en medio de una ovación. La oficina de prensa del Vaticano dio íntegro el discurso de Papagheorgiou y el de todos los «delegados fraternos» y «oyentes» invitados. Sus actuaciones fueron de gran calidad. Así la de J.E.F. Fischer, secretario de la «Conferencia de Iglesias Europeas» (KEK), donde figuran 120 comunidades cristianas, lo que da idea de la gravedad del problema. M. Krikorian, delegado armenio, pidió que, en futuras asambleas sinodales, los «delegados fraternos» no sólo tuviesen voz sino voto, pues se trata de cuestiones pastorales. Lo mismo hizo el delegado de la Unión baptista de Europa, K.H. Walter (9).

La segunda audiencia de «delegados fraternos» tuvo lugar el 4 de diciembre. Primero en actuar fue el georgiano D. Chakadua que se dolió de las dificultades surgidas en la conferencia de Freising (Alemania), entre las iglesias ortodoxas y católico-romana, donde estuvo a punto de quebrarse el diálogo recíproco por falta de fraternidad eclesial. Mark Snater, obispo anglicano de Birmingham, dijo que en la historia de la Iglesia habían fracasado muchos encuentros no por culpa de los teólogos, sino de la autoridad que se negaba a confiar en ellos. Análoga postura, desde sus respectivas iglesias, expresaron el obispo luterano noruego, E. Fougner y el delegado de la Iglesia de Wittenberg, Th. Sorg (10).

Documento inoportuno y respuestas incompletas

NO habían pasado 24 horas de esta última declaración, cuando el «Boletín de la Sala de prensa vaticana» publicaba la respuesta católica oficial al *Informe final* de la I Comisión Internacional anglicana y romano-católica (ARCIC). Firmado por K. McDonald el 4 de diciembre, esta respuesta de 31 páginas, relata el proceso de los encuentros teológicos celebrados

(8) Intervención completa en SE. Bol. 8.º, 1-5.

(9) Bol. 8.º 5-23.

(10) SE. Bol. 12, 2-25.

desde 1971 a 1981, casi todos bajo pontificado de Pablo VI, aunque terminados poco antes de la visita pastoral de Juan Pablo II al Reino Unido, en 1982.

La metodología seguida en este escrito oficial es de llamativa insistencia en los problemas doctrinales que todavía nos separan, aun reconociendo los indudables avances efectuados a lo largo de aquellos veinte años. Se acentúa, pues, una tendencia «objetiva» (11).

Nadie podía explicarse la inoportunidad de tal publicación que parece indudablemente pretendida, puesto que estaba redactada hacía ya algunos meses. Hacerla pública en momentos de especial tensión no sólo era llamativo, sino que parecía marchar contra el espíritu de bastantes intervenciones, tanto de los «delegados fraternos» como de sinodales de gran prestigio. Así de los cardenales B. Hume (Westminster) y E. Cassidy (presidente del Consejo Pontificio para la Unidad Cristiana) (12).

Mejor resultó la respuesta del cardenal-secretario de Estado, A. Sodano, al metropolitano Papagheorgiou. Con tacto explicó el sentido de los últimos nombramientos episcopales en la URSS, por la conveniencia de atender a comunidades católicas deportadas por Stalin. Rechazó el sentido proesletista y aludió al gozo de la Iglesia católica de Venecia por el nombramiento del mismo Papagheorgiou al frente de la minoría de ortodoxos italianos. Al referirse al conflicto «uniata», lamentó todo recurso a la violencia, pero no aludió al cambio metodológico respecto al Vaticano II que era indudablemente la acusación más fuerte (13).

Buena parte de la tensión quedó difuminada con una solemnísima celebración ecuménica celebrada el 7 del XII, prácticamente a mitad de la Asamblea. En medio de abundantes signos de mutuo perdón, el Papa pronunció una importante homilía sobre el tema «Dejaos reconciliar con Dios» (2. Cor. 5. 18). Empalmado con el Concilio, Juan Pablo II habló de un ecumenismo de verdad y amor, pronto al perdón mutuo y marchando del sufrimiento a la libertad (14).

En la última conferencia de prensa, el obispo K. Lehmann (Mainz) secretario especial del Sínodo, afirmaría que la crisis ecuménica de la asamblea puede ser muy saludable para relanzar un tema estancado.

Medio millar de enmiendas a los proyectos

ANTE la previsión de falta de tiempo, la Secretaría del Sínodo había encargado al mismo K. Lehmann un documento teo-

(11) Bolletino Sala Stampa della Santa Sede, 517/91. 31.

(12) SE. Bol. 6.º, 7-8 y 10.º, 10.

(13) Texto integral de su intervención en Bol. 16, 9-14.

(14) Texto completo en Bol. 20, 1-6.

lógico que se llamó «Declaración a enmendar». Debía servir de apoyo doctrinal a las muchas aportaciones de la primera fase. La medida no resultó acertada. Aparte de ser un tratado excesivamente teológico, su filtración hizo correr el rumor de que se trataba de la declaración final «prefabricada». No era así en realidad. Más bien una torpeza metódica, debida a la premura de tiempo de una secretaría sobrecargada.

En este clima, sin embargo, comenzó la segunda fase sinodal. Su punto fuerte consistía en la discusión sobre el tema, en 12 grupos lingüísticos: ingleses (2), franceses (2), alemanes (2), italianos (2), español, eslavo, latino y de delegados fraternos. Hay que observar que en este último, según se había pedido, figuraron padres sinodales como los cardenales E. Cassidy (Roma), A. Silvestrini (Roma), C. Martini (Milán), C. Daly (Armagh); los arzobispos R. Torrella (Tarragona) y P. Eyt (Burdeos) y el obispo J. Zycinski (Tarnow). En el grupo español estuvieron E. Yanes (relator), E. Martínez, F. Sebastián, F. Guerrero y C. Pozo. En uno francés J.M. Estepa. En el latino, de moderador, A. Suquía.

De los 12 grupos surgieron nada menos que quinientas enmiendas y observaciones a los dos documentos: *Proyecto* de Lehmann y *Relación* segunda, del cardenal Ruini. He aquí en síntesis sus evaluaciones:

Los dos grupos *ingleses* eran críticos. Echaban de menos gozo y esperanza en los proyectos y evaluación más justa de la Iglesia de occidente. Censuraban un lenguaje genérico y poco claro; faltaban las alusiones a los religiosos y a la mujer y precisión de destinatario.

Los grupos *franceses*, también críticos, censuraban la longitud y temple negativo del documento, su poco contenido bíblico-patristico. Pedían su profunda reforma, aunque con observaciones generales.

Los grupos *italianos* eran más complacientes. Insistían en la providencia de Dios en la caída del comunismo; necesidad de ecumenismo basado en la verdad y conveniencia de una metodología más inductiva con acentuación de la doctrina social de la Iglesia.

Los grupos *alemanes*, aunque de acuerdo con la estructura del texto, desean más brevedad, concreción, sentido bíblico y realismo. Se deben precisar los destinatarios y se pide un mensaje al mundo que sea un primer paso. Finalmente se subraya la importancia de los religiosos.

Grupo *eslavo*: El texto es muy teórico y más para bibliotecas. Se censura, desde postura conservadora, su cierto pluralismo de fondo; ante la desorientación teológica, exhorta a la fidelidad al magisterio. Constata la diferencia de enfoques de Iglesias oriental y occidental.

Grupo *español*. Acepta los documentos y sólo propone su nueva estructuración. Precisa el sentido de la evangelización, acentuando los aspectos de verdad, libertad y comunión.

Grupo *delegados fraternos*. Alaba unánimemente la atmósfera de cooperación. Denuncia el temple negativo y pesimista de los textos; también su poca fundamentación bíblica. Indica que las tensiones entre católicos y ortodoxos deben solucionarse en espíritu fraternal (15).

Temple de los documentos finales

EL primer documento sinodal es un *Mensaje a los presidentes de Europa*, reunidos por aquellos mismos días en Maastricht (Holanda). En lenguaje sobrio se les comunica brevemente la síntesis de la Asamblea; se insiste en el respeto al derecho y la verdad en el futuro europeo y se recalca el respeto a la libertad religiosa y a la separación de los poderes espirituales y temporales. Al final hay una enérgica apelación a la guerra civil de Yugoslavia con una toma de posición clara en favor de las independencias de Croacia y Eslovenia (16).

Un segundo documento sinodal ha sido la *carta* enviada a todos los patriarcas, cuyos «delegados» habían sido invitados pero no habían asistido al Sínodo. Aunque el texto no se haya hecho público, se sabe que es un mensaje cordial que intenta superar la crisis surgida.

El tercer documento, la *Declaración*, fue votado el 13-XII. El resultado de la misma permaneció secreto pero el secretario del Sínodo habló de aceptación casi unánime. En su discurso final en el aula, el Papa reconoció que el segundo milenio se acaba con división cristiana y que en esta asamblea se había dado un «vacío», por la ausencia de los delegados fraternos invitados. Ambas realidades animan a continuar el difícil camino de la recuperación de la unidad. Animó la alerta ante los signos de los tiempos y, tras aludir a las futuras asambleas del Sínodo en Africa y Latinoamérica, pidió a la Secretaría sinodal que, en el plazo de un año, se le presente una «institución o estructura» como instrumento de eficacia sinodal (17).

(15) SE. Bol. 25 y 26.

(16) SE. Bol. 23. Texto original francés.

(17) *Ecclesia*, n.º 2.559, 21-XII-91. 17-19. En la primera redacción del discurso había un párrafo significativo. Decía que la unidad episcopal que «en el Este ha iluminado el sufrimiento por violencias y atropellos, así también puede sostener a los pastores y a los fieles, sometidos a los desórdenes de la opulenta sociedad consumista y materialista en el Oeste». Quedó reducido a «los desórdenes de la sociedad de hoy» (n.º 6).

La *Declaración sinodal* se hizo pública inmediatamente después de la clausura. Es un documento relativamente extenso, acumulativo y de pocas prioridades, pero de indudable interés. Tras precisar la ocasión, objetivo y marcha de la asamblea, examina en su *primera parte* el signo del momento histórico presente como desafío eclesial y apuesta por un futuro europeo, cristiano como su pasado. En la *segunda parte* se habla de que la evangelización nueva no es restauración, sino, proclamación de valores típicamente europeos: verdad, libertad, solidaridad, democracia, justicia y derecho, impregnados de Evangelio y teología de la cruz. Los realizadores y caminos de la evangelización son múltiples, pero deben coincidir en su comunión eclesial y apertura al mundo. Toda la *Tercera parte* se dedica al diálogo cristiano, hebreo y creyente. Se reconocen los fallos con otras iglesias y se insiste en proseguir el diálogo que no debe prescindir de problemas doctrinales. Se alude al diálogo con hebreos y musulmanes como necesario en la nueva Europa. La *cuarta y última parte* está dedicada a insistir en la edificación de una Europa solidaria y abierta a todo el mundo. Hay párrafos dedicados a la mujer y su importancia en la evangelización; a la economía libre de mercado sometida al bien común y al respeto de las nacionalidades (18).

Hacia un balance sinodal

HAY que comenzar diciendo que la Iglesia católica se halla hoy en una constante situación sinodal. Baste recordar las convocatorias de las asambleas siguientes: *IV del Sínodo latinoamericano*, a celebrar en Santo Domingo el próximo octubre; la *Asamblea del Sínodo africano* y la *Asamblea especial para la Iglesia del Líbano*. En 1993 deberá además celebrarse la *IX Asamblea ordinaria*.

Aunque semejante regularidad acredite la intuición de Pablo VI al crear la institución sinodal (1965), por otra parte se generaliza la crítica sobre la poca proporción entre la movilización episcopal y sus frutos. El mismo Papa se ha hecho eco de tales observaciones, al pedir un instrumento de efectividad que bien pudiera ir por el camino de la deliberación ejecutiva.

Nadie duda que la presente *asamblea especial* ha cubierto sus principales objetivos, aunque con diversa efectividad. Se pretendían un *encuentro* entre ambas Iglesias europeas; un análisis de la presente situación; un *intercambio* de dones y un *proyecto de evangelización* en la nueva Europa.

(18) *Ecclesia*, n.º 2.559, 21-XII-91. 8-16.

El *encuentro* se ha logrado en plenitud, por la mera presencia de obispos que se desconocían totalmente. Se han mostrado las diferencias de enfoque en teología y espiritualidades. El contraste será fecundo si no se pretende reducir a centralismo la gran pluriformidad europea y se sabe articular un proceso de mutuo acercamiento. Es el primer paso.

También el objetivo *análisis* se ha conseguido, aunque hubiera sido deseable una metodología más rigurosa. Las intervenciones han sido ricas pero carentes del debido contraste público. Este, en cambio, se ha dado en la cuestión ecuménica. A pesar de su tensión fue un momento de gran sinceridad que ha desvelado los problemas y puede significar en el futuro un auténtico relanzamiento, de cumplirse las condiciones del Vaticano II. Cuando los obispos sinodales hablen con análoga libertad con que se han expresado los «delegados fraternos» y sus observaciones más proféticas pasen a la Declaración final, la institución sinodal habrá dado un paso gigantesco hacia el futuro. Evidentemente hay aún demasiados niveles de libertad. El sentido consultivo del Sínodo exige una libertad total.

La tercera meta, el *intercambio*, ha comenzado a lograrse. Está dándose un primer paso en un camino difícil que debe ser examinado con realismo y que debe evitar cualquier espejismo triunfalista. Europa ha cometido muchos pecados estructurales que sólo se perdonan con cambios de estructuras, necesariamente lentos en su realización.

El objetivo más problemático por lograr es la *evangelización* renovada de Europa. Las diferencias culturales son tan diversas que era utópico esperar en sólo tres semanas la creación de proyecto apostólico concreto con visos de efectividad. En este sentido, la asamblea llegaba demasiado *pronto*, a pesar de su relativa *tardanza* en celebrarse. Sin embargo, ya es historia pasada. Cada Iglesia particular deberá hacer lo posible para mantener su espíritu vivo en el presente.